

Un 16 de agosto.

*Si salgo un día a la vida
mi casa no tendrá llaves:
siempre abierta, como el mar,
el sol y el aire.*

*Marcos Ana
'Mi casa y mi corazón (sueño de libertad)'*

Eran las ocho de la mañana en Madrid. Un día que se prometía caluroso.

Esa fecha, justo en la mitad del mes de agosto sabe siempre (o casi siempre) a playa, a mi añorado Mediterráneo, a sol, a monte, a viaje, a vacación. Y podría decir que así ha sido en un porcentaje muy elevado de las setenta veces que he vivido un dieciséis-de-agosto.

No en este caso, era 1975. En España seguía imperando una cruel dictadura, Franco no moriría hasta 3 meses y 4 días después. Antes terminaría su obra fusilando a cinco jóvenes antifascistas, asesinando igual que empezó. Aunque para eso faltaban un mes y 11 días.

Y yo no estaba de vacaciones ni en la playa ni en el monte, tampoco estaba a orillas de mi mar.

Estaba en una celda de una cárcel recogiendo las pocas cosas que poseía. Estaba en la celda 86 de la tercera galería de la cárcel de Carabanchel, llevaba allí casi dos años. Todavía no sabía, claro, que ese mismo día, a las 14:30, el FRAP iba a matar a un guardia civil de tráfico, el teniente Pose, en la puerta de su casa. Pero sabía, sabía que el FRAP ya había matado en días anteriores.

Estaba preparando mis cosas porque había cumplido mi condena precisamente por ser miembro del FRAP y, más concretamente, del PCE(m-l). Exactamente dos años menos 14 días por 'asociación ilegal' y por 'documentación falsa'. La hora habitual de excarcelación era a partir de mediodía, pero yo había solicitado salir a primera hora con la excusa de que me quería ir a Castellón a ver a mis padres.

En realidad, tras la decisión de la dirección del FRAP de comenzar la 'lucha armada' matando policías y en el contexto de fin del franquismo que ya se oía (¿o solo lo deseábamos?), era consciente de queirme tranquilamente a mi pueblo y continuar allí mi vida no era una opción. O al menos yo no la vivía como posible, me daba mucho miedo.

Mi objetivo, pues, ya decidido, era acudir a una cita de seguridad que el Partido me había enviado, recoger un pasaporte falso que una persona francesa desconocida me traía de París y atravesar la frontera lo antes posible.

Cuando el funcionario de la galería de Carabanchel, la famosa tercera galería, la de los presos políticos, me llamó para salir, me encontré con la sorpresa de que no me llamaron a mí solo sino también a un compañero de Partido y de sumario que cumplía su condena ese mismo día, pues nos habían detenido juntos un lejano 31 de agosto de 1973 en las cercanías del templo de Debod, en el centro de Madrid y nos habían condenado al mismo periodo de cárcel.

A mí me habían aceptado la solicitud de salir a primera hora, pero él ni siquiera lo había pedido, por lo que esperábamos que saliera bastante más tarde. Aquello era muy raro y acrecentó el temor al futuro fuera de la cárcel, al propio hecho inmediato de salir de ella. Son esos momentos de la vida de una persona en los que desea fervientemente algo que también teme, que de pronto el subconsciente desea quedarse encerrado porque allí se siente más seguro, lo cual es un sentimiento duro, difícil de admitir, que uno borra con los años pero que debe aceptar que está, estuvo, ahí.

Con mucha sorpresa y bastante mosqueo nos despedimos de los camaradas. Las despedidas eran duras porque algunos de ellos tenían todavía fuertes condenas que cumplir, y también alegres porque salíamos a la calle. Pero la preocupación y el miedo hizo que esta despedida sólo fuera dura y no demasiado alegre: en un momento en que el FRAP mataba policías, que dos miembros del PCE(m-l) (que era el partido que dirigía el FRAP) fueran excarcelados a esa temprana hora en la que no había absolutamente nadie en la puerta todavía (ni visitas, ni presos comunes, ...), y no a la hora habitual en que la puerta de la calle estaba a rebosar de familiares de presos esperando para la visita, daba al menos, y por decirlo sutilmente, algo que pensar.

Después de 45 años tengo una gran nebulosa sobre todo el proceso de salida: huellas, comprobación de identidad, cacheo personal y de la maleta. Solo recuerdo que fue inusualmente rápido. Y recuerdo nítidamente la fase final: la gran puerta que un funcionario abre, que cierra a nuestras espaldas, la árida extensión del patio exterior y nuestra marcha a través de él, en absoluta soledad, hasta la cancela final custodiada por la Guardia Civil. No hablamos, no nos dijimos nada, solo avanzamos cada uno con sus temores y sus esperanzas. Eran alrededor de las 9 de la mañana.

Y, si, allí estaban. Al otro lado de la calle vacía, un coche sin distintivos y tres tipos mal vestidos y en la treintena apoyados en él. Uno de ellos, y lo estoy viendo ahora mismo, era el famoso torturador Billy el Niño al que ya conocíamos por nuestro paso por la Dirección General de Seguridad dos años antes. Y no voy a matizar ese 'conocíamos' porque el recuerdo me pone los pelos de punta igual que entonces. Los otros dos eran también sociales, miembros de la policía política –BPS- de la dictadura.

Se quedaron un poco sorprendidos, quizás la salida había sido demasiado rápida y no nos esperaran tan temprano, les miramos, nos miraron y en ese momento llegó un taxi. De él descendió una mujer con una cesta de comida, sin ninguna duda la primera familiar que venía a visitar a algún preso. Nos lanzamos al taxi y le dimos al taxista una dirección cualquiera (mi camarada era de Madrid). Arrancó. Ellos reaccionaron despacio y mal, se quedaron mirando. Uno se lanzó hacia su coche pero era demasiado tarde.

Volvimos la vista atrás y supimos lo que estuvo a punto de pasarnos en la cara de rabia de aquellos energúmenos. Cruzamos una mirada sonriendo y sin hablar, los taxistas de Madrid

de aquella época no eran de fiar. Y miramos hacia adelante, hacia nuestro futuro, hacia el pasaporte falso que nos esperaba, hacia nuestra familia, hacia Perpiñán, hacia París, hacia el exilio y el refugio político. Hacia la nueva vida que aquellos policías pretendían cortar.

Recuerdo que no llevábamos dinero; recuerdo que fuimos a casa de algún familiar o amigo a pedirselo para el taxi; recuerdo que tras pagar el taxi comenzamos a caminar sin ningún rumbo especial y sin saber muy bien a dónde dirigirnos, emocionados en aquel espléndido día de verano madrileño pero un poco mareados por la falta de costumbre de andar por una calle entre la gente, por el ruido del tráfico, por las largas distancias a las que nuestra vista no estaba acostumbrada.

Y en ese nuestro deambular sucedió algo increíble pero rigurosamente cierto, como todo lo anterior: En nuestro caminar sin rumbo y mientras decidíamos qué hacer en aquella situación, nos topamos con los familiares de ambos por pura casualidad. Iban dispuestos a recibirme en la puerta de la cárcel y a esperar todo el tiempo necesario al otro camarada.

Se nos abrió el cielo. Ellos nos buscaron dónde pasar unos días escondidos, cada uno por su lado. No nos volvimos a encontrar hasta dos semanas después en París.

El final lo tengo bastante olvidado: recuerdo que una mujer francesa me entregó un pasaporte, con mi foto y un nombre que no era el mío, en alguna calle de Madrid; recuerdo que pasé la frontera por Port Bou, que estuve unos días en Perpiñán y que llegué a París en donde viví un año.

Pero esa es ya otra historia...

P. Orensa